

cia persa logró con el auxilio del oro sostener el imperio, dividiendo á los griegos con discordias interiores, é impidiendo la excesiva preponderancia de un estado sobre los demás y la consiguiente concentracion de sus fuerzas contra el Asia.

En el último período del reinado de Darío, perdió la Persia el Egipto, donde volvió á erigirse el trono de los farao-

nes. Durante el gobierno de Darío menguó mucho el poder real: mujeres y cortesanos inspiraban no pocas veces las resoluciones del rey. Los sátrapas unieron á su poder administrativo el mando militar y legaron su dignidad á sus hijos; la traicion y el dinero mandaban como soberanos y alcanzaban lo que antes únicamente las armas podían obtener. Darío murió en Babilonia en 404.

CAPITULO V

ARTAJERJES II MNEMON, 404-361; ARTAJERJES III OCO, 361-336

Rebelion de Ciro el menor. — Batalla de Cunaxa. — Retirada de los diez mil. — Política de Artajerjes II. — La reina Parisatis. — Su ferocidad. — Muerte de Artajerjes II y elevacion de Artajerjes Oco. — Sus crueldades y tiranía. — Muere envenenado

Entre los hijos de Darío era el mayor *Arsaces* que reinó con el nombre de Artajerjes; *Ciro*, sin embargo, era el mas enérgico, mas capaz y de mas ingenio. Darío le habia nombrado su lugarteniente general en el Asia Menor, donde favorecia, al revés de la política de los sátrapas, á Esparta, cuyo auxilio convenia á sus planes, y en general intervenia mucho en las contiendas de los griegos. Parisatis deseaba que sucediese á su esposo, pero Darío nombró heredero á Artajerjes. Cuando este fué consagrado rey, segun antigua costumbre, en el templo de Pasargada, poniéndose el vestido de Ciro el Grande, comiendo los higos secos, hojas de terebinto y bebiendo una mezcla de vinagre y leche como recuerdo de la comida sencilla de los antiguos persas, conforme prescribia el ceremonial, propalóse repentinamente la voz de que Ciro tenia la intencion de matarle en aquel mismo momento, pues que se hallaba en la corte donde habia sido llamado por su padre poco antes de morir para sincerarse de la muerte de dos persas. Fué apisionado y solo debió á la influencia de su madre que no fuese ejecutado. Volvió al Asia Menor con el propósito de conquistar para sí el reino de su padre, designio difícil de realizar, no contando mas que con su capacidad, y faltándole el apoyo de los persas que estaban contentos con el buen régimen de su hermano y el favor de los habitantes de una provincia á la cual se proponia devolver su libertad. Apenas Artajerjes habia subido al trono cuando concluyó un drama de asesinatos que habia empezado en tiempo de su padre, y que arroja una triste luz sobre la familia real. La reina Estatira, hija de Hidarnes, descendiente del compañero de Darío I, tenia un hermano llamado Teritujmes, casado con Amestris, hija de Darío II y hermana del rey. Otra hermana de Teritujmes, llamada Roxana, era tan hermosa como Estatira y muy práctica en tirar el arco y arrojar la lanza. Su hermano se enamoró de ella y para poseerla trató de deshacerse de su mujer Amestris. El rey lo supo y mandó asesinar á su cuñado por su amigo Udiastes. Mitrídates, hijo de Udiastes, gran partidario de Teritujmes, se sublevó contra su padre, que habia recibido la satrapía del asesinado, en pago de su crimen, y se apoderó de la ciudad de Zaris para entregarla al hijo del difunto Teritujmes.

Darío II sofocó esta rebelion. Parisatis, no contenta con haber vengado el agravio de su hija con la muerte de Teritujmes, sació su venganza haciendo enterrar vivos á su madre, sus dos hermanos y dos de sus hermanas y hacer cortar á Roxana en pedazos. Estatira escapó de esta matanza general gracias á Artajerjes que se echó á los piés de su madre, suplicándola la perdonase la vida. Pues bien, cuando Esta-

tira hubo llegado á ser reina mandó arrancar la lengua á Udiastes y martirizarlo hasta que espiró pasando la satrapía á su hijo Mitrídates.

Mucho convenia á Ciro tener los preparativos de su empresa secretos, lo que logró en un todo. Tisafernes que le vigilaba no vió, cuando Ciro, al interpretar las instrucciones que el rey les habia mandado, encontró motivos de desavenencias, que los preparativos de guerra que hacia Ciro no iban dirigidos á enderezar las tales desavenencias. Jefes griegos de su confianza estaban encargados de enganchar tropas que iba empleando entre tanto con disimulo en pequeñas expediciones, y finalmente pretextó que iba á castigar á los pisidios de Tauros, y solo cuando se dirigió á aquel país con un ejército de griegos mercenarios, abrió Tisafernes los ojos y pudo participar al rey tan gran peligro. Ciro concentró sus fuerzas que consistian en casi 100,000 persas y 13,000 griegos mercenarios en la ciudad de su residencia Celene, en la Frigia, donde su bisabuelo habia construido un palacio, y se dirigió á marchas forzadas al Asia. En Caistrupedio le trajo la esposa de Cienesis de Cilicia un socorro en dinero, asegurándole tambien del apoyo de su esposo. Continuó su marcha por la Cilicia y los desfiladeros sirios hasta Barbaliso, junto al Eufrates. En Tapsaco pasó el ejército el rio y llegó hasta el territorio de Babilonia. El general persa Abrocomas habia evitado encontrarse con Ciro, probablemente por traicion, puesto que no de otro modo cabe explicarse porqué no defendió los desfiladeros dificultosísimos al pasar aquel de la Cilicia á la Siria. Artajerjes marchó de Babilonia al encuentro de su hermano. Al principio no se vió mas que alguna caballería empleada probablemente en devastar los sembrados, para cortar al ejército enemigo las provisiones. Un canal de defensa estaba tambien sin guardar, y sin concluir hasta el Eufrates, de manera que Ciro pudo avanzar entre ambas aguas.

El ejército de Ciro desistió de avanzar en órden de batalla. De repente viene un explorador y anuncia la llegada del ejército real. Algunas horas tardó Ciro en formar su ejército: el ala derecha apoyada en el Eufrates, se componia de mil jinetes paflagonios; á ellos se unian 2,500 griegos ligeramente armados y la falange pesada griega compuesta de doce mil soldados al mando de Clearco, Proxeno y Menon. Vinieron despues la infantería lidia y frigia, y finalmente en el ala izquierda 1,000 jinetes. Arieos mandaba á los asiáticos. Ciro rodeado de 600 guardias de á caballo, estaba en medio de su ejército; al frente iban veinte carros de hoces. El ejército real tenia una línea de batalla mucho mas extensa que la de Ciro. En frente de los helenos, en el ala izquierda,

marchaban los jinetes acorazados al mando de Tisafernes; venian en seguida la infantería ligera, los egipcios fuertemente armados, nuevos cuerpos de caballería y otra fuerza de infantería ligera, dispuestas por nacionalidades. En el centro iba Gobrias y tambien el rey en medio de sus seis mil guardias de á caballo á las órdenes de Artagerses, y cincuenta mil combatientes escogidos. El ala derecha mandábala Arbases; mas adelante de la línea de batalla marchaban 150 carros cuyas lanzas y ruedas estaban armadas de hoces.

Ciro mandó á Clearco que dirigiera sus griegos contra el centro del enemigo, pero aquel, que estaba protegido por el Eufrates, temió ser atacado por el flanco y desobedeció la órden. En esta batalla de Cunaxa cumplieron los carros de hoces de los persas muy mal con su deber, porque al avanzar los griegos cantando bajaron los persas de sus carros y empezaron á huir; los caballos volvieron grupas y destrozaron á los que huían, mientras que los soldados que avanzaban no recibian ningun daño, porque abrian sus filas y los dejaban pasar. El ala izquierda de los persas fué completamente derrotada; la fila de las tropas ligeras griegas fué rota por la caballería que penetró en el campamento enemigo.

En esto observa Ciro que el ala derecha de los persas, mucho mas larga que su línea de batalla, hacia un movimiento para rodearle, y á fin de impedirlo, ataca atrevidamente en persona con su caballería el centro y mata á Artagerses de una lanzada en el cuello. Arieo toca al rey pero sin herirle, mas la azagaya de Ciro penetra en el pecho de Artajerjes, que cae herido del caballo y es llevado fuera del sitio de la pelea. Al ir Ciro avanzando siempre le cae la tiara de la cabeza, y un jóven persa, Mitrídates, le hiere en la sien; cae, y su caballo con la silla ensangrentada se escapa; la caballería del rey avanza á escape y deja al caido rodeado solo de unos pocos eunuocos. Entre tanto se ha realizado el movimiento envolvente de los persas y Arieo queda rechazado hasta el campamento de la noche anterior. Tisafernes encargándose del mando del centro llega hasta el campamento de Ciro, y entonces marchan los persas en persecucion de los griegos avanzados, pero estos salen otra vez victoriosos y obligan al enemigo á retroceder. Los eunuocos arrastran con trabajo á Ciro herido cuando aciertan á pasar algunos carios, hombres del bagaje de Artajerjes, y uno de ellos hiere al principe debajo de la rodilla, lo que le hace caer, y recibiendo un golpe en la sien herida ya, muere. Era ya de noche cuando el rey de Persia recibió la noticia de la muerte de su hermano; á pesar de eso, dirigióse con teas encendidas al lugar donde estaba el cadáver, mandando cortarle la mano derecha y la cabeza. La batalla de Cunaxa (3 setiembre 401) se habia decidido á favor de Artajerjes, aunque en el fondo la habia perdido.

Los griegos tampoco dieron en esta batalla muestra de talento, porque llevaron tan léjos la persecucion, habiendo podido atacar á los persas que estaban en frente de Ciro por el flanco, y esta falta no contribuyó poco á la victoria del rey. La batalla libró á éste de un peligroso pretendiente, pero le reveló al mismo tiempo lo poco que valia el ejército, sosten principal del imperio. Los griegos, á pesar de su reducido número, habian vencido; ni se les persiguió seriamente en su retirada, contentándose con observarles y matarles alguno que otro individuo, por manera que pudieron retirarse desde el Eufrates á Trebisonda sin ser apenas molestados, cuando habria sido fácil á tropas bien dirigidas, sorprender y aniquilar aquella gente que no conocia el país. Esta retirada de los 10,000 griegos, una de las mas memorables en los fastos de la guerra, no tomó la direccion que habia seguido Ciro al ir á Babilonia, sino la de Cunaxa por la muralla Meda hácia el Tigris que atravesaron junto á Sitace (Cheriat-el-Beidha)

sobre un puente de 37 barcos y despues al Fisco (Adhem) en cuya embocadura estaba situada la gran ciudad de Opis.

Desde allí siguieron su marcha á alguna distancia del Tigris, acercándose á este rio en el punto donde está en la otra orilla Cené, un poco al Sur de Cala Chergat, aproximadamente donde está hoy Majulcalat. Para poder pasar el gran Zab buscaron un sitio vadeable rio arriba, y desde allí pasaron por Larisa (Nimrud), Mespila (cerca de Ninive) y el desfiladero cerca de Finik y luego al país de los carducos; atravesando en seguida la Armenia, penetraron en el territorio de los calibes, taocos y fasianos, hasta que finalmente pisaron el territorio griego y llegaron al mar junto á Trebisonda.

La permanencia de un gran número de compatriotas en Persia, tuvo por resultado ilustrar á los griegos sobre muchas cosas que no se perciben desde léjos, pero que una vez vistas bastaban para rectificar muchas ideas que se habian formado respecto de una potencia unitaria, inaccesible, y dirigida desde un centro fijo con principios científicos. Esparta, que habia apoyado á Ciro, no ocultó que lo habia comprendido y emprendió para proteger á las ciudades griegas en Asia una guerra contra los sátrapas de Frigia y Lidia, que tranquilamente miraban cada uno la hoguera que devoraba la provincia del otro, y hasta pagaban para que los dejasen en reposo y molestasen al otro con la guerra. El sátrapa lidio, Tisafernes, que conocia la pericia de los soldados griegos, dió en todas las complicaciones que tuvo con los griegos, muestras de extraordinario talento en el empleo de su política astuta, pero al fin le tocó la suerte comun á todo estadista de Oriente; le hicieron responsable del mal éxito de la batalla de Sardes y su cabeza rodó en el cadalso. Desgraciadamente discordias intestinas detuvieron de nuevo los progresos de los espartanos, y la Grecia ofreció el triste espectáculo de ver el dinero persa que no solamente admitian los enemigos de Esparta, sino que anclaban en el Peloponeso buques persas aliados y en union con los de Atenas.

El resultado de todas estas tramas fué en beneficio del rey. La hábil conducta de los sátrapas y el individualismo político de los griegos, le facilitaron la ocasion de dictar una paz, llamada de Antalcidas (387), que hizo renunciar á aquellos á todo el continente asiático y que creó una multitud de pequeñas repúblicas por declarar independientes de su madre patria las islas y ciudades colonizadas por griegos. Esta medida era la mas eficaz para desbaratar y dividir á su enemigo; de modo que á pesar de las victorias griegas se hallaba en Susa el centro de gravedad de una combinacion y sistema de estados completamente nuevos, y aunque Esparta obtuvo cierta preponderancia sobre los demás estados griegos, no por el sentido literal de las condiciones de paz, sino por la manera con que fueron aplicadas, no dejó de quedar rebajada á la situacion de protegida y dependiente de la Persia.

Artajerjes era el verdadero dueño de la política griega y eso que su gobierno no era benévolo como el de Ciro el menor, porque las contribuciones eran mas onerosas y se construyeron castillos fuertes en las ciudades; la armada persa era de nuevo señora de los mares, y lo mejor para la Persia al paso que era lo peor para los helenos, fué que los persas se hallaban en situacion de reprimir un levantamiento muy grande en Chipre, promovido por Euágoras de Salamis, hombre de mucho talento, que deseaba ardientemente sustituir en esta isla los elementos asiáticos con los helénicos. Chipre tenia la mayor importancia para el dueño de los mares; si la isla quedaba dividida en diez pequeños principados era fácil sostener el protectorado persa; pero no hubiera sucedido así si Euágoras hubiese logrado establecer una soberanía griega única en toda la isla. Euágoras habia sabido interesar en su

empresa á Atenas, Siracusa y el Acoris de Egipto, y revolucionar á algunas ciudades vecinas del continente asiático.

Primero estalló una guerra en la isla, sin que las tropas persas al mando del príncipe cario Hecatomnos y del sátrapa lidio Autofradates impidiesen á Euágoras extender su dominio sobre toda ella.

Luego conquistó á Tiro y consiguió complicar también la Cilicia en la revolución, cuyas dimensiones peligrosas hicieron apresurar la paz de Antalcidas á fin de que Tiribazos, libre ya de los helenos, pudiera tomar medidas energicas para reprimir la revolución. Pasó á Chipre con 300 buques de guerra y logró cercar á Salamis, á pesar de la suerte que favoreció en un principio á Euágoras en sus operaciones marítimas; pero Euágoras sostuvo la lucha con éxito durante algunos años, y alcanzó condiciones de paz muy favorables reducidas á la obligación de pagar un tributo anual. Las discordias de los pequeños cantones griegos que por cuestiones insignificantes habían contribuido á inutilizar el plan grandioso de Euágoras y dejar pasar, movidos de miserable egoísmo, la ocasión de emancipar definitivamente á los helenos, solicitaban con frecuencia la intervención del rey de Persia como árbitro.

Esparta, Tebas y Atenas mandaban en estos casos embajadores á la corte para buscar la sentencia del arbitraje, y el embajador de Tebas tuvo hasta la bajeza de recordar al rey el auxilio que los tebanos habían prestado á los persas en la batalla de Platea, prueba evidente de la falta que se sentía de una autoridad suprema y que en efecto no se dejó esperar mucho tiempo.

Es más fácil á un ejército combatir con fuerzas iguales de tropas regulares, que someter á algunos pequeños pueblos montañoses apoyados por la escabrosidad del país y por el conocimiento del mismo. Los cadusios en el Dailem, conforme se llama hoy la parte montuosa de los distritos costaneros del mar Caspio, y cuyas llanuras pueblan los gilek (gela), negaron á Artajerjes la obediencia. El numeroso pero pesado ejército del rey no pudo lograr nada en aquellas montañas inaccesibles. Los cadusios acecharon los convoyes de aprovisionamiento y los persas se vieron en grande apuro. Entonces fué otra vez Tiribazos quien llevó á cabo la empresa valiéndose de la astucia. Se fué él mismo al campamento de uno de los príncipes y mandó á su hijo al otro; á cada uno de ellos dijeron que su aliado y vecino había tratado secretamente con el rey para hacer la paz; con lo que se consiguió que ambos se sometieran, temiendo cada uno no poder hacer nada sin el otro. Artajerjes se iba haciendo viejo y con él su imperio, á despecho de los buenos resultados que había obtenido con su política exterior.

Respecto de esto es característica la historia de Datames. Este general, capaz y completamente adicto al rey, fué lastimado sin causa alguna y atraído al bando de sátrapas ambiciosos que procuraban satisfacer sus deseos de ser soberanos. Datames había sucedido á su padre en la dignidad de sátrapa de Leucosiria (la parte de la Capadocia al este del Halis), y combatió contra Tios de Paflogonia que había negado su obediencia al rey; le venció y le llevó prisionero ataviado fantásticamente y atado como un oso.

El rey entusiasmado con las proezas de Datames, le agregó á Farnabazos y Tiraustes que debían atacar el Egipto, y cuando poco después fué llamado Farnabazos, quedó encargado del mando general de las tropas; antes de llegar sin embargo á su nuevo destino, recibió orden de someter al sátrapa rebelde, Aspis de Cataonia (entre Capadocia y Cilicia), que fué vencido á pesar de su ventajosa posición en las montañas del Tauro, y hecho prisionero por el mismo Datames en persona y enviado al rey.

Entre tanto se había arrepentido el rey de la orden dada y despachado en consecuencia un correo para anularla. Júzguese ahora de su admiración hacia Datames cuando supo que este ya había cumplido su encargo. Con esto se encumbró tanto Datames que se hizo sospechoso á la corte; se intrigó para su caída, y no se esperó más que un pequeño descabro en Egipto para desconceptuarle y aniquilarle. Datames enterado del complot, al ver sus servicios tan mal pagados, resolvió abandonar al rey y no partir para el Egipto. Así lo hizo y en cambio apoderóse de la Paflogonia y de la Pisidia. En el combate contra este último país perdió á uno de sus hijos y el otro cometió la villanía de denunciarle al rey como rebelde. Autofradates, sátrapa de Lidia, que ya en otro tiempo había combatido sin éxito contra Euágoras, se vió pues en tanto aprieto por Datames á pesar de tener un ejército veinte veces más numeroso, que hubo de demandar condiciones de paz. Los hombres de alma grande y de voluntad energética son con frecuencia blanco del odio, principalmente de aquellos á quienes su superioridad incomoda. Artajerjes odiaba á Datames, y á pesar de que este supo evitar siempre con mucha prudencia todas las emboscadas, fué al fin víctima de un asesino. La expedición del Egipto, aunque al principio dió buenos resultados, fué del todo inútil, principalmente porque Farnabazos hubo de pedir á cada paso que avanzaba, el permiso al desconfiado rey. Entre tanto toda el Asia Menor con la Siria, los sátrapas y el rey vasallo Mausolos de Caria, habían amenazado con separarse del imperio, pero el oro persa tuvo otra vez efecto, y Tajo de Egipto, que había hecho todo cuanto había podido en este enredo, volvió otra vez al Egipto á causa de las perturbaciones intestinas de dos pretendientes al trono, y así salvaron otra vez las disensiones de sus enemigos las provincias occidentales para el imperio persa. La fortuna casi siempre ayuda al valiente, pero en el reino de Artajerjes favoreció al débil; las combinaciones más peligrosas se resolvieron siempre en favor del rey. Aunque el vacilante edificio del estado se conservara en pie, apuntalado continuamente por nuevos artificios, debía, sin embargo, caer á la primera tempestad poderosa que no resistieron ni los apoyos naturales ni los dáricos de oro del gobierno. Artajerjes, que murió á los 94 años de edad, después de 46 de gobierno, era prudente y benévolo, pero le faltaba energía. Muchas desgracias de familia hubiera podido evitar con mayor entereza de carácter. Parisatis, verdadera furia, se permitía las mayores crueldades á la vista del rey. Por no haber podido conseguir sentar en el trono á su hijo Ciro, vengóse haciendo matar con crueldad refinada á todos los que habían tomado parte en la muerte de su hijo en Cunaxa. Artajerjes se jactaba de haber él mismo dado muerte á Ciro; y recompensó en consecuencia á Mitridates que era el que realmente le había herido en la sien, por haberle traído la silla del caballo de Ciro, y al soldado cario, que fué la causa inmediata de la muerte de Ciro, por haberle anunciado la muerte del príncipe. Mitridates comprendió la indirecta, y renunció á la gloria de ser el héroe de aquella muerte; pero el soldado cario estúpido se empeñó en querer establecer la verdad del hecho, y en cambio fué atormentado durante diez días, por instigación de Parisatis; después le sacaron los ojos y le mataron echándole bronce derretido en los oídos. Mitridates también perdió algún tiempo después la vida, por haberse alabado en un banquete de haber muerto á Ciro, zaherido por un eunuco y embriagado como estaba.

El eunuco le denunció á Parisatis y esta al rey que se encolerizó, y Mitridates fué sentenciado á la pena de las artesas ó pesebres. Por fin, el eunuco que había cortado á Ciro la cabeza y la mano, fué desollado vivo; tendido y clavado al través en tres cruces colocadas á la distancia de dos pies una

de la otra, y á su lado su piel pasada sobre un poste. Parisatis, temerosa de que Estatira oscureciera su influencia sobre el rey, se desembarazó de ella haciéndola envenenar.

Esta vez investigó el rey el asunto minuciosamente. Parisatis fué desterrada á Babilonia y la envenenadora ejecutada. El brillo de la corona real fué causa de un fratricidio. Según la ley, sucedía á su padre el primogénito Darío, pero su hermano más joven, Oco, hombre vivo y violento, tenía su partido en la corte y prometió á Atosa, su hermana que estaba en el harem de Artajerjes, que se casaría con ella si le ayudaba. Artajerjes nombró sucesor á Darío, y este, haciendo uso del derecho que tenía de pedir al rey un favor, le rogó le concediese la mano de Aspasia de Focia, querida de Ciro, que se encontraba entonces en el harem de su padre. Artajerjes hubo de consentir, pero al poco tiempo volvió á tomar á Aspasia para colocarla de sacerdotisa en el templo de Anahita en Ecbatana. Darío, lleno de ira, meditó vengarse, y excitado por un persa, á quien Artajerjes había también ultrajado en asuntos de casamiento, resolvió asesinar á su padre. La conspiración fué descubierta y el hijo desnaturalizado muerto. Ya no quedaban más que Ariaspes y Arsames, este último hijo natural de su padre, que podían hacer sombra á Oco; el primero porque era afable y estimado de los persas, y el segundo porque era prudente y preferido por el rey. Oco hizo que diariamente llegasen noticias á oídos de Ariaspes, de que Artajerjes pensaba quitarle la vida para que el hijo mimado heredase la corona, hasta que Ariaspes, presa de desesperación, se suicidó. Arsames, en el cual Artajerjes había concentrado todo su cariño, fué asesinado; y se dice que esta pérdida causó la muerte del rey.—¿Cómo podía pues gobernar el Asia siendo un príncipe que no tenía fuerza para castigar los crímenes más horrosos cometidos por su familia? Solo las discordias entre sus enemigos preservaron al imperio de la suerte que le cupo veinte años después de la muerte de Artajerjes.

El nombre de este rey se encuentra también en monumentos artísticos. En cuatro columnas del palacio de Darío en Susa, hay una inscripción en tres lenguas, que nos prueba que aquel palacio se llamaba Apadana y que fué construido por Darío I, que después, en tiempo de Artajerjes I, fué destruido por un incendio, y que este lo reedificó por la gracia de Ahuramazda, de Anahita y de Mithra.

El infame Oco (en persa Vahuca) subió al trono con las manos manchadas de sangre; el temor de represalias no le dejó reposo hasta que hubo dado muerte á todos los miembros de su familia. Su hermana Oca, cuya hija formaba parte de su harem, atendido que la doctrina de Zoroastro permitía el matrimonio entre los parientes más próximos, como sucedía también en Egipto y en Caria, fué enterrada viva, y otro día hizo matar á flechazos en un patio de su palacio á uno de sus tíos con toda su familia, hijos y nietos. En el Asia Menor aumentaban las sublevaciones. Artabazo, ayudado por los atenienses, derrotó un ejército persa, y cuando aquellos, intimidados por las amenazas de Oco, le retiraron su apoyo, vinieron los tebanos en su auxilio, pero á su vez fueron sobornados con un regalo de 300 talentos. Artabazo, vencido al fin, se refugió en la corte de Filipo de Macedonia. El Egipto, que hacía ya bastante tiempo había recuperado su independencia, revolucionó la Fenicia y Chipre contra los persas, siendo los sátrapas impotentes para reprimir la sublevación. Oco reunió un ejército numerosísimo en Babilonia, ordenando á los sátrapas de Siria y de Cilicia que rompieran entre tanto las hostilidades, mas estos fueron rechazados por Tenes, rey de Sidon; en cambio logró el sátrapa de Caria cercar la ciudad de Salamis en Chipre. En esto se acercó Oco auxiliado por 10,000 griegos mercenarios, que era tropa

muy temida; Tenes se descorazonó y ofreció entregar la ciudad de Sidon, si el rey le aseguraba la vida. Estipulado esto, Tenes, dando por pretexto á su gente que iba á asistir á una reunión de los fenicios, salió al encuentro de Oco acompañado de cien ciudadanos de distinción, y Oco sin más preámbulos los hizo poner presos y luego matar como instigadores de la rebelión. Los egipcios mercenarios entregaron la ciudad; los sidonios, víctimas de tanta traición, la incendiaron, matándose ellos mismos con todas sus familias, pereciendo con este motivo, según Diodoro, 40,000 personas. De las ruinas sacó Oco todavía provecho, vendiéndolas á hombres que esperaban encontrar bajo sus escombros plata y oro derretidos. El traidor que espera alcanzar ventajas del tirano á quien sirve, excita por lo común solo su desprecio; y como la conciencia de una obligación ó de agradecimiento es también cosa molesta, se procura despachar al reclamante al otro mundo. Así pasó á Tenes. Los mercenarios griegos que el rey de Egipto había enviado en socorro de Sidon, se volvieron con Oco contra el mismo Egipto.

El ejército constaba de tres divisiones, mandadas cada una de ellas por un general griego y otro persa; la primera formada de mercenarios tebanos iba dirigida por el griego Lacrates y por Rosaces, sátrapa de Jonia y Lidia; la segunda se componía de tropas argivas al mando de Nicostratos y Aristazanes; la tercera la formaban las tropas que el Egipto había mandado en socorro de Sidon y la mandaban Mentor de Rodas y el eunuco Bagoas. El ejército egipcio se componía en una quinta parte de griegos, siendo los demás egipcios y otros habitantes del Africa. Un destacamento del ejército persa pereció ahogado en el pantano de Sirbonia situado entre el monte Casio y Damiat, y rodeado completamente de colinas de arena movediza que llevada por el viento al pantano, formaba con el agua una balsa sin fondo que podía tragarse ejércitos enteros si no conocían estas circunstancias. Oco avanzó contra Pelusio que los egipcios habían fortificado bien. Desgraciadamente no era Nectanebo (Nejtharheb) un gran general; los jefes griegos de Oco desalojaron á los egipcios de sus posiciones con maniobras bien combinadas, obligando á su general á retirarse atemorizado á Menfis; y á la sola noticia de que el enemigo se iba acercando huyó también de esta última ciudad retirándose á la Etiopía. Oco arrasó las fortalezas egipcias, saqueó los templos, se llevó los libros sagrados que no devolvió sino á trueque de mucho dinero; pagó á los mercenarios griegos y volvió triunfante á Persia.

La reconquista del Egipto dió mucha importancia á la Persia, aunque se conocía que el éxito era debido á las tropas griegas, y que los persas no habían vencido gracias á su antigua pericia sino porque habían tenido más dinero para pagar tropas mercenarias.

En los últimos años del reinado de Oco se ve un gobierno enérgico y una administración exacta; fué bastante prudente para confiar los empleos más importantes á hombres de talento sin molestarlos con desconfianzas, cosa que no sucede siempre en las cortes orientales.

Habla muy alto en favor del talento diplomático de Oco, el haber visto en el creciente imperio de Filipo de Macedonia un peligro para la Persia, y haber en su consecuencia prestado su apoyo á los pequeños estados griegos para contrarrestar sus progresos; pero con el gobierno de Oco acabó también esta política.

El eunuco Bagoas, que por sus elevados empleos tenía gran influencia en el gobierno, temió un cambio en el favor del «hombre más cruel que el mundo había visto», y le envenenó (337) sentando en el trono á Arsés, hijo menor de Oco, y matando á los demás; suerte ya muy común de los

que tenían la desgracia de ser hermanos del rey. Como Arses mostrase empeño en gobernar él mismo, fué á su vez asesinado con todos sus hijos y colocado en el trono un amigo del eunuco Bagoas, Codomano, hijo de Arsanés, que lo era

de Ostanés, hermano de Artajerjes II, y de la hermana y esposa de este, Sisigambis. En el mismo año fué también asesinado Filipo y Alejandro ocupó el trono de los macedonios.

CAPITULO VI

DARÍO CODOMANO, 336-330.—ALEJANDRO, 331-323

Alejandro pasa el Helesponto.—Guerra entre Alejandro y Darío.—Batalla del Gránico.—Batalla de Iso.—Inmenso botín.—Prisión de la familia de Darío.—Alejandro pone sitio á Tiro y Gaza, penetra en Egipto y Siria y llega hasta Ninive.—Batalla decisiva de Arbela.—Darío se retira á Ecbatana.—Es asesinado por sus generales.—Alejandro, dueño del imperio persa, celebra sus bodas con Roxana.—Visita el Delta del Indo.—Vuelve á la Persia y muere en Babilonia.—Division del imperio de Alejandro.

Era Darío hombre fuerte y hermoso; había sido algún tiempo astades, ó sea correo, que llevaba á las provincias los despachos del rey; despues había dado pruebas de valiente en un combate con los cadusios, que también se habían rebelado durante el gobierno de Oco, y había sido nombrado á consecuencia de esto sátrapa de Armenia. No hay que despreciar á este príncipe porque no igualara á Alejandro, pues que hubiera sido un gran rey en circunstancias distintas. Estaba escrito que el fin del último imperio universal asiático había de ser trágico, y para serlo no tocó presenciar su ruina á un rey culpable como, por ejemplo, al feroz Oco, sino á su sucesor. Bagoas, que ambicionaba gobernar, se engañó en la elección de Codomano, y queriendo envenenarle también con su pócima acostumbrada, se la hizo beber el rey mismo que estaba ya sobre aviso.

Tan pronto como Alejandro apareció como peligroso por sus conquistas en Grecia, se adoptaron grandes medidas para la defensa del imperio; los espartanos fueron socorridos con dinero, se armó una escuadra y los sátrapas del Asia Menor recibieron orden de concentrar un poderoso ejército. El jefe de los griegos, Memnon de Rodas, al servicio de la Persia, obtuvo en seguida algunas ventajas sobre los generales macedonios.

La desgracia de la Persia fué que los sátrapas, no dando la debida importancia á la aproximación de los macedonios, no cumplieron sus instrucciones con actividad; la armada estaba pronta á hacerse á la mar, pero ni ella ni las tropas de tierra estaban en su puesto, cuando Alejandro pasó el Helesponto con 35,000 soldados escogidos, completamente disciplinados y acostumbrados á todas las fatigas de la guerra.

Ya estaba el enemigo acampado en el país y era inevitable una batalla. El consejo de retirarse, cortar al enemigo los viveres y efectuar un desembarco en Grecia, fué desechado, y en cambio se situaron como unos 40,000 hombres á orillas del Gránico para la defensa de la fortaleza de Dascileo en Bitinia. Una mitad de estas tropas eran mercenarias griegas y la otra caballería escogida meda, bactriana, hircania y paflagonia, colocada delante á las orillas del río. El ala derecha de los macedonios fué arrojada al río, pero volvió al enemigo gracias á la presencia de Alejandro que, aunque herido levemente, mató por su propia mano á dos jefes persas. Alejandro adoptó una nueva táctica, colocando infantería ligera entre la caballería pesada, lo que desbarató á los persas, y las lanzas largas de madera de cerezo silvestre que usaban los macedonios y que no conocían todavía los persas, dieron á aquellos mucha ventaja. Derrotada la caballería, avanzó la falange macedonia (que, como es sabido, era una fuerza de infantería de muchas filas

de fondo con los escudos levantados sobre la cabeza y las lanzas en ristre) contra los griegos mercenarios, mientras que la caballería les atacaba por los flancos. Pocos se libraron de la muerte. Esta batalla costó mucha sangre persa: ocho generales murieron y uno huyó para suicidarse despues de desesperación.

Lo peor para los persas era que no tenían otro ejército disponible. Con solo tomar algunos puntos fortificados Alejandro podía emprender sin dificultad la marcha hácia los desfiladeros sirios. Los macedonios siguieron el camino que se extendía á lo largo de la costa de Anatolia. Halicarnaso, capital de Caria, fué tomada despues de una corta resistencia y destruido el vasallo de Darío, Orontobates, yerno de Pixodaros. Este último, á la muerte de su predecesor y hermano Idrieus, había arrojado á Ada, esposa y sucesora de éste, y ella se había hecho fuerte en el castillo de Alinda, que entregó despues á Alejandro, el cual la repuso en el trono.

Desde Licia, donde había tomado en la parte Este cuarteles de invierno, marchó Alejandro hácia el Norte, dirigiéndose á Gordión y Ancira, pasando por Sagalosos y Celene. La muerte le libró de Memnon de Rodas, su adversario mas capaz, cuyo talento militar superaba en mucho al de todos los otros generales persas, y que había dado excelentes consejos, por supuesto, sin que fuesen seguidos. Con la muerte de Memnon perdió también á su defensor la idea de llevar la guerra á Grecia, desembarcando en una de sus costas para obligar así á Alejandro á volver atrás; de modo que este ya podía marchar adelante sin temor ni recelo. Despues de haber pasado los desfiladeros de Cilicia, sin encontrar otro obstáculo, y de una pequeña enfermedad que le obligó á detenerse en Tarso algún tiempo, marchó á Miriandros, pasando por las gargantas de Amanos, situada cerca del punto donde se fundó mas tarde Alejandria. Darío estaba aguardando á Alejandro en la llanura de Socoi, cerca del lago de Antioquia, y viendo que no llegaba, resolvió dar un rodeo y llegó á Iso, posición muy desfavorable para él, puesto que el terreno angosto entre el lago y los flancos escarpados de la montaña, no le permitía desplegar su inmenso ejército, ni maniobrar la caballería que era la tropa mas aguerrida y mejor del ejército persa. Sucedió lo que era de esperar. La caballería persa, mandada por Nabarzanes, que estaba cerca del lago, vadeó el río y cargó á la caballería griega, pero esta acción quedó indecisa. El ala derecha macedonia corria peligro de verse rebasada, cuando Alejandro penetró con toda su energía en las filas persas; la lucha que allí hubo fué cuerpo á cuerpo, tanto que los soldados ni siquiera tenían espacio para manejar las armas; pecho á pe-

cho se combatía repartiendo puñaladas; imposible retroceder; solo matando se ganaba espacio; los heridos no podían salir de las filas porque por delante apretaba el enemigo y por detrás los compañeros. Alejandro peleó como un simple soldado. Intentaba hacer prisionero á Darío ó darle muerte. Estaba este de pie en su carro de guerra y se le veía desde muy lejos; Oxathres, su hermano, adivinó la intención de Alejandro y echó la caballería delante del carro del rey; este príncipe era hombre robustísimo, iba cubierto de magnífica armadura, pocos le igualaban en valor y nobleza. En este crítico momento se precipitó Alejandro á la cabeza de la caballería



Darío Codomano en la batalla de Iso

macedonia sobre la persa, y destrozó al enemigo y á los jefes principales á la vista del mismo rey. Alejandro fué levemente herido en el muslo derecho; los caballos del carro de Darío se desbocaron, y éste hubo de saltar sobre un caballo de silla para salvarse. En el célebre cuadro de mosaico, existente en la casa del Fauno de Pompeya, está representado este crítico momento de la batalla. El rey arrastró en su huida á su ejército. Los macedonios se apoderaron de un botín inmenso: en oro acuñado 2,600 talentos (equivalentes á unos 12.250,000 marcos ó 15.252,000 pesetas); en plata labrada 500 talentos, y el camino por donde pasaron los persas estaba materialmente sembrado de infinidad de objetos los mas preciosos, trajes y utensilios, en términos que los macedonios no tenían manos bastantes para recogerlo. (Noviembre 333.)

La madre, la esposa y hermana del rey, dos hijas y un hijo de corta edad, fueron hechos prisioneros con toda la servidumbre; todos los miembros restantes de la corte, entre los que figuraba en primer lugar el harem del rey y las esposas de los soldados, fueron cogidos en Damasco y allí despues los encerró Parmenion con 30,000 hombres y 700 acémilas; se dice también que entre estos prisioneros había 329 bailarinas, 46 tejedores de guirnaldas y coronas, un personal de cocina de cerca de 300 individuos, otras cien personas para componer y cuidar de las cremas, sorbetes y vinos, y 40 peluqueros.

Segun los cálculos mas elevados, resultaron las pérdidas sufridas por ambos ejércitos en la proporción de 1 á 100, siendo además un hecho que en general fué muy reducido el número de inutilizados de parte de los macedonios, en todas las batallas dadas por Alejandro.

Teniendo Alejandro antes de poder avanzar hácia el Este necesidad de someter las provincias occidentales del imperio, la Siria, Fenicia y Egipto, dió tiempo suficiente á Darío para reponerse y prepararse á un último y decisivo encuentro.

Hasta para el hombre mas lego en materia militar era evidente que el terreno de las orillas del Iso era el peor que podía haberse escogido para el ejército persa y su táctica. Solo la posibilidad de oponer un ejército poderoso y superior en número á los macedonios en terreno llano podía infundir á un persa, no solo esperanzas sino la certidumbre de victoria.

Antes de intentar el último combate, entabló Darío desde Babilonia negociaciones de paz, ofreciendo por el rescate de los miembros de la familia real cantidades inmensas y además las provincias al Oeste del Eufrates, pero Alejandro, á no renunciar á la idea de conquistar el Asia, no podía admitir paz alguna. La contestación que recibió Darío fué del todo despreciativa. Entonces reunió un ejército en el cual estaban representados todos los pueblos del imperio y que los historiadores antiguos hacen subir á un millon de hombres. Se armaron 200 carros de hoces; las lanzas se construyeron de igual longitud que las macedonias, y los indios estaban encargados de la conducción de los elefantes con las correspondientes torres para los combatientes. Como Darío supuso que Alejandro tomaría la ofensiva doquiera acampara su ejército, escogió con ojo certero la llanura de Asiria, desprovista de todo árbol y donde, fuera de algunas eminencias de terreno insignificantes, no había obstáculos para los movimientos de la caballería y de los carros. Alejandro había conquistado la Siria y la Fenicia; tomado por asalto á Tiro despues de siete meses de heroica resistencia, y á Gaza despues de dos meses de sitio; había atravesado el Egipto, y á la vuelta, pasado el Eufrates cerca de Tapsacos y llegado por último á Ninive. Allí también encontró el paso franco. Darío había salido de Babilonia y pasado el gran Zab en el punto donde hoy día se encuentra el vado mas inferior de los tres que allí existen.

En la orilla occidental se ve allí una colina de ruinas que segun todas las probabilidades debe de ser la antigua Gaugamela. El ejército fué colocado en orden de batalla á cuatro leguas de dicho sitio, junto al Bumodos que desemboca en el Zab á corta distancia del vado al Este del actual Keremlis. Alejandro estaba cerca de la actual Ba-Zuviya, á cosa de tres horas al Oeste de Keremlis, y avanzó para el reconocimiento del ejército persa hasta una ondulación del terreno, donde hoy día está situada la aldea de Boertela, entre Ba-Zuviya y Keremlis. El ejército persa (infantería y caballería interpoladas) formó dos alas y un centro, este último con el rey y las tropas de su guardia, los arqueros mardios, los griegos mercenarios y los elefantes. Delante en la primera línea de batalla, estaban los combatientes en carros y caballería; detrás formaban una segunda línea los babilonios, los uxios y pueblos de las costas persas. Despues de un día de descanso dividió Alejandro su ejército, que sumaba una vigésima parte del ejército persa, en tres líneas: la primera estaba formada de tropas ligeras de infantería y caballería destinadas á sostener el combate contra los carros de hoces; seguía despues la línea principal en que figuraba la falange sostenida en las dos alas por caballería pesada, y luego la última línea, compuesta de caballería ligera, para evitar una sorpresa por la espalda que pudiera ejecutar la numerosa caballería enemiga. Alejandro mandaba el ala derecha y Parmenion la izquierda. Por los espías y desertores persas estaba Alejandro perfectamente enterado de todos los planes del enemigo, y hasta supo que los persas habían practicado hoyos para inutilizar á su caballería.